

El futuro queda al sur

Autor: Giovanni Jesús Medina Acuña

Ingeniería de Ejecución Industrial Profesional

Instituto Profesional IPG - Sede Arauco

“El futuro queda al sur”

La primera vez que hablé con Benjamín fue porque ambos llegamos tarde a clases.

Había llovido toda la tarde y el estacionamiento del instituto estaba cubierto de barro y hojas mojadas. La tía de recepción apenas levantó la vista cuando entramos apurados, todavía con frío en las manos y olor a lluvia pegado en la ropa.

Nos sentamos atrás esa noche.

No recuerdo de qué profesor estaba hablando. Sí recuerdo que Benjamín me preguntó a qué me dedicaba antes de entrar a estudiar aquí. Le conté un poco de mi vida, del trabajo, de las vueltas que había dado antes de terminar sentado en esta sala y en este país.

Después me contó de él. Era buzo.

No lo dijo como alguien intentando verse interesante. Lo dijo tranquilo, mirando hacia adelante, como si hablara de otra persona. Me contó que venía de una caleta pequeña más al sur, donde casi todos vivían del mar. Estaba estudiando porque quería tecnificar el trabajo de allá, ordenar mejor los procesos, mejorar la seguridad, profesionalizar cosas que durante años se habían hecho “a la antigua”, como decía él.

—La gente piensa que en las caletas no hay futuro —me dijo una vez—. Pero el problema no es el lugar. Es que nadie invierte tiempo en hacerlo crecer.

Después de eso empezamos a hablar más seguido.

Nunca fuimos esos amigos inseparables que aparecen en fotos juntos. Lo nuestro eran momentos pequeños: conversaciones antes de entrar a clases donde me contaba de sus ganas de estudiar, hablaba de su familia y su pareja, tomábamos cafés malos que sabían a cartón mojado en los descansos o quedarnos unos minutos más en el estacionamiento hablando de cualquier cosa mientras todos se iban.

A veces me llevaba a mi casa después de clases. Nunca aceptó que le pasara plata para la bencina.

Decía que total le quedaba “de pasada”, aunque ambos sabíamos que no era verdad.

Benjamín hablaba mucho del futuro, pero siempre de manera extraña, como si lo estuviera imaginando desde lejos. Quería volver a su caleta apenas terminara de estudiar. Decía que soñaba con implementar mejores sistemas en la caleta, enseñar lo que estaba aprendiendo y evitar accidentes que allá la gente veía como normales. Le molestaba que muchos jóvenes terminan yéndose porque sentían que no había oportunidades.

También hablaba de seguir estudiando más adelante.

Decía que no quería quedarse solo con un título. Le gustaba aprender cosas nuevas porque sentía que allá, en la caleta, hacía falta gente preparada que realmente entendiera cómo mejorar las cosas sin perder la esencia del lugar.

Hablaba de cosas simples igual.

Tener una casa cerca del mar. Un bote propio. Poder dormir tranquilo después de años levantándose de madrugada para trabajar.

—La gente cree que descansar es no hacer nada —me dijo una noche mientras manejamos bajo la lluvia—. Yo creo que descansar es dejar de sobrevivir todo el tiempo.

En ese momento no supe qué responder.

Creo que nunca aprendí a responder las cosas importantes a tiempo.

Cuando el instituto organizó la actividad de “Cartas al futuro”, intenté escribir sobre mí. Sobre dónde quería verme en diez años, sobre metas, trabajo y todas esas cosas que normalmente uno dice porque suenan correctas.

Pero terminé escribiendo sobre Benjamín.

Sobre cómo siempre llegaba con olor a mar incluso en invierno. Sobre las veces que hablaba de su colega como si fuera el lugar más importante del mundo. Sobre su costumbre de quedarse callado mirando la lluvia antes de entrar a clases. Sobre el cansancio que llevaba encima incluso los días en que se reía.

Creo que nadie lo notaba realmente. O quizá sí.

Quizá simplemente uno nunca piensa que algo puede terminar tan rápido.

El auditorio estaba en silencio mientras leía la carta. Afuera seguía lloviendo, igual que aquella primera noche.

Leí que Benjamín probablemente habría logrado todo lo que soñaba. Que la gente de su caleta habría estado orgullosa de él. Que tal vez habría conseguido cambiar, aunque fuera una pequeña parte de ese lugar al que siempre quería volver.

Entonces miré la silla vacía en la tercera fila. La dejaron ahí desde el accidente.

Y por primera vez desde que tomé el micrófono, ya no pude seguir leyendo mirando al público.

Terminé la carta mirando el espacio donde se suponía que él debía estar. A veces pienso que el futuro no desaparece de golpe.

Esa fue la primera vez que entendí que el futuro no siempre se pierde en muchos años. A veces basta un segundo para dejar una vida entera esperando.

Giovanni Medina Acuña/ Ingeniería de Ejecución Industrial Profesional/ Sede Arauco



INSTITUTO PROFESIONAL ACREDITADO
NIVEL AVANZADO
Gestión Institucional y Docencia de Pregrado